

A person in silhouette stands on a path in a misty forest with autumn foliage. The scene is atmospheric, with soft light filtering through the trees. The ground is covered in fallen leaves, and the trees have some orange and red foliage. The overall mood is contemplative and serene.

EDUARDO
SOTO-TRILLO
YO
NUNCA

En un apacible valle gallego, lleno de silencios y suspicacias, surge un triángulo amoroso que irá difuminando los límites entre la pasión y la locura.

Luis es un eterno opositor a judicatura que decide aislarse en ese entorno rural para preparar el examen definitivo. Allí conocerá a Carmen, una mujer madura que trabaja como fisioterapeuta, y a Laura, una joven dedicada a restaurar las pinturas de la ermita. Pero las cosas no siempre son lo que parecen, y el lector se verá pronto arrastrado a una oscura espiral en la que todos guardan secretos sobre su pasado.

Índice de contenido

Cubierta

Yo nunca

Primera parte

1

2

3

4

5

Segunda parte

6

7

8

9

10

11

12

13

Tercera parte

14

15

16

17

18

19

20

21

Cuarta parte

22

23

24

25

Quinta parte

26

27

28

Sexta parte

29

Epílogo

Sobre el autor

Para los míos

*Después de nueve siglos
todavía es firme lo mandado.
Las chozas del pueblo
llenas de las armonías del trabajo
agachadas, cual tigres
desde lejos lo respetan y lo acatan
aguardando que los muros se desplomen
y riéndose mientras por lo bajo...*

MANUEL CURROS ENRÍQUEZ

Y Dios dijo a Satanás: ¿No has reparado
en mi siervo Job, que no hay otro como
él en la tierra, varón perfecto y recto,
temeroso de Dios y apartado del mal?

JOB 1, 8

Amar es dar lo que no se tiene a quien no es.

JACQUES LACAN

PRIMERA PARTE

1

Cabeceaba.

Había sentido como si, de repente, un rayo divino hubiera atravesado la gran cúpula de la sala de audiencias y se hubiese posado sobre él iluminándolo. El secretario del tribunal había ido anunciando los temas a medida que su mano derecha sacaba, temblorosa, una a una, las bolas de la bolsa de terciopelo. Después de tanto tiempo memorizándolos, con solo oír el número, aparecía en su cerebro la ficha del tema correspondiente. Los quince minutos de gracia concedidos para poder hacerse los esquemas habían continuado bajo esa misma luz cegadora, mágica. Se acordaba incluso de los puntos y de las comas, de los subrayados en el papel con colores fluorescentes. Acto seguido, los somnolientos miembros del tribunal regresaron. Eran apenas las cuatro y media de la tarde, su interpretación había comenzado.

Por fin, tras casi cinco años de intentos, su voz había sonado segura y entera bajo la amenazante araña de frío cristal que sobrevolaba su cabeza. El primer tema era el de derecho constitucional, después, los dos de civil y, al final, los dos de penal. Definiciones, textos literales de los artículos con su numeración correspondiente, algo de doctrina y un poco de jurisprudencia explicativa. Con la ayuda de su fiel cronómetro, y empuñando el bolígrafo a modo de batuta, había tenido que organizar y dosificar su impaciente verborrea para poder encajarlos todos en el tiempo previsto, una hora escasa. Si se equivocaba de camino, o se paraba en seco en alguna pendiente, enseguida oiría la inefable cam-

panilla sonar estrepitosamente de forma anticipada decretando la muerte espiritual del opositor. Una montaña rusa de alto riesgo.

Esta vez, sin embargo, el presidente del tribunal lo había escuchado con atención desde el primer asalto. Para el segundo, no obstante, había pasado el relevo a la señora tan arreglada de su derecha, que imaginó magistrada en alguna capital provincial de la Castilla profunda. Y así, sucesivamente, habían de pasarse el mando de un miembro al otro del tribunal con el único fin de poder dormirse lo justo sin dejar por ello de examinar entre todos al aspirante con el máximo rigor.

Él, sin embargo, bajo esa luz desconocida, había conseguido encaramarse sobre la ola con tal destreza que, mientras cantaba los temas, había podido observar incluso cómo alguno de ellos consultaba los códigos o echaba miradas al presidente para ver si ya dormitaba o simplemente buscar su aprobación. La campanilla de plata brillaba peligrosamente, y en aquel decorado de mármoles verdosos, todos sentados en sillones isabelinos de inmensos respaldos, se había sentido como Alicia en su particular y tenebroso país de las maravillas. O lo invitaban a tomar el té o le cortaban la cabeza, pero él siempre estaría en sus manos. Ese era el terrible precio de su sueño.

Y estaba solo. No había nadie afuera esperándolo. A nadie le importaba ya si aprobaba o suspendía, solo a él. Qué diferente de las veces anteriores en que se había examinado. Su madre siempre insistía en acompañarlo. Parapetada tras sus gafas de sol, perfectamente maquillada y perfumada, sonriendo con seguridad a su lado, causaba expectación nada más entrar en la sede del Tribunal Supremo. Sus largas piernas pronto atraían la atención de los conserjes. Ella enseguida congeniaba con ellos o con las madres, padres, novios o novias de los otros opositores convocados mientras él, avergonzado, prefería perderse por los pasillos fingiendo repasar el temario.

En ese instante, volvió a repetir mentalmente el artículo 526 del Código Penal que castigaba a todo aquel que, faltando al debido respeto a la memoria de los muertos, violara sepulcros o sepulturas, profanara cadáveres o sus cenizas, o al que, con ánimo de ultraje, destruyera, alterara o dañase urnas funerarias, panteones, lápidas o nichos... No se había olvidado de nada.

Luego, tras haber señalado el último rasgo de los delitos contra la libertad religiosa, justo cuando el minuterero había cumplido su radial recorrido, la campanilla había sonado jubilosa. Esta vez, había ganado. Hasta ese instante, el destino le había arrebatado todo como un lobo hambriento. Ya nunca más volvería a las penumbras. Ser juez solo dependía de uno mismo y había dejado de tener ninguna excusa. Solo le quedaba entregarse a su causa con los cinco sentidos o hundirse para siempre, irremisiblemente. Pero, cuánto habría querido que ella le hubiese visto salir, por fin, triunfante de la sala. Sentir su mirada de aprobación y de orgullo plenos. Algo que no recordaba haber tenido nunca, no porque su madre no lo hubiera sentido, sino porque probablemente no pudiera permitirse a sí misma expresarlo por pensar que era perjudicial para él. Habrían disfrutado tanto haciendo juntos el paseílo entre los demás hasta la calle...

Abrió lentamente los ojos.

El autocar carraspeó un momento devolviéndolo al paisaje que discurría tras la ventanilla. Los viejos montes torneados, los bosquecillos de robles cercados por las masas de pinos, y, como ermitaños, algún castaño solitario y majestuoso. Todo verde, brillante, límpido bajo el sol de junio, como si sus recuerdos fueran mentira, una absurda pesadilla. Pero no, alternando sobre las laderas, se veían también amplios retazos despejados, casi yermos, aunque en esa época del año estuvieran moteados del amarillo o del malva de los tejos y retamas en flor. Eran las viejas heridas de lejanos incendios. Suspiró. Por lo menos no eran mancho-

nes negros o pardos, no había tristes cadáveres de árboles. Los últimos veranos debían de haber sido lluviosos. O quizá las gentes del lugar, por fin, habían dejado de maltratar a su tierra, la tierra de su madre. Mamá. Ella solía hablar de esta desgracia con la agresividad del amante despechado, no había nada que hacer, eran peores que los animales. Solo les preocupaba lo suyo y en la medida de su valor de mercado; si el monte ardía solo incumbía al propietario. La historia de la región era la de una lucha constante entre la mezquina codicia de sus habitantes y el ánimo inagotable de la sufrida naturaleza.

Respiró hondo, llenándose de energía. Recostó de nuevo su cabeza sobre el cristal y se quedó dormido.

—¡Pare! ¡Pare, que yo me bajo aquí!

Se despertó asustado y sacó la cabeza por el pasillo entre los asientos. Un hombre de mediana edad, vestido con ropa de caza, y, por el acento, forastero, avanzaba hacia delante. El conductor ni se inmutó.

—Lo siento, señor, pero no puedo parar. No estoy autorizado. Además, es peligroso. ¿No lo ve?

Estaban bordeando un precipicio; un río turbulento serpenteaba abajo entre las rocas. El hombre llegó junto a la cabecera del vehículo.

—¡Pare ahora mismo! ¿No ve que me están esperando?

—Pero ¿quién coño le está esperando? Si aquí no vive nadie. —La voz del conductor sonó ahora nerviosa, y redujo la marcha.

El forastero no se arredró. Se le notaba furioso.

—Me está esperando Dios, gilipollas, ¿es que no se da cuenta? ¡Pare ahora mismo!

El conductor se volvió para mirar al hombre un segundo y su rostro se llenó de espanto. Frenó inmediatamente el autocar y abrió la puerta delantera. El hombre descendió. Mientras reemprendían la marcha, él observó por la ventanilla cómo cruzaba la carretera y comenzaba a subir casi a la carrera las peñas de la montaña. Un loco, pensó, ¿de

dónde habría escapado? Una repentina sensación de lástima le embargó. Su familia andaría desesperada buscándolo por todos lados. Aquella comarca era sin duda un lugar seguro en el que esconderse, desaparecer.

Estaban descendiendo ya al valle de Olas. En breve estarían en Ramil, su núcleo urbano principal, el ombligo familiar. Todo seguía igual y, sin embargo, su mirada no se cansaba de recorrer las fachadas de las casas o de perderse entre los caminos que daban a la carretera. Huertos bien cuidados y repletos de berzas y patatas, rubios campos de maíz, frutales cargados de ambrosía. Así, a primera vista, parecía un lugar de cuento, un lugar soñado. Se recostó y disfrutó del sosiego que empezó a fluir por sus venas.

El autocar entró por la calle principal y dio la vuelta en la plaza de la iglesia para aparcar. El bocinazo del conductor le sacó bruscamente de su ensimismamiento, haciéndole recordar la única razón por la que había decidido regresar. Ramil era el ambiente perfecto para preparar el siguiente examen de la oposición, el definitivo. Naturaleza, tranquilidad y buenos alimentos. Y, encima, ahora lloviznaba. Maravilloso.

Recuperó de la bodega una maleta grande con ruedas. Del hombro llevaba colgada la mochila con el ordenador y los apuntes.

—¿Seguro que no venía nadie más en el autocar?

Se giró pensando que le preguntaban a él. Una mujer de unos cuarenta y tantos, alta, de melena larga castaña, vaqueros ajustados y botas de montar, atractiva, hablaba con el conductor. Como si sus ojos le hubiesen rozado, ella también lo miró un segundo. ¿De dónde habría salido aquella sirena?

—Luisito, eres tú ¿verdad? ¿Cómo estás? Cuántos años sin venir. Ya me dijo tu tía que llegabas, no veas lo contenta que está.

—Hola, hijo, te acuerdas de mí, ¿no? Cuánto sentimos lo de tu madre. Antón no está, qué pena, ahora vive en

Barcelona.

Dos mujeres, cuyas caras sonrosadas le sonaban vagamente, lo besaron afectuosamente. Aquellas sí que eran locales de pura cepa: fuertes, anchas, invencibles a cualquier adversidad, su edad podía ser cualquiera. Lo mismo cavaban una zanja que cosían un mantel o hacían una empanada. Y todo con el mismo afán y laboriosidad, ya descansarían en la tumba.

—Qué guapo te has puesto, claro que ella era una belleza, la pobre...

Luis se deshizo de ellas como pudo y echó a andar por la plaza. Un piloto rojo se había activado en su memoria, algo aprendido desde su más tierna infancia vivida entre aquellas gentes: el chismorreó era el alma de Ramil. Les encantaba hablar de los demás, a media voz, entre sonrisas beatíficas, bien o mal, daba igual, y casi siempre con segundas, sobreentendidos y nombres figurados, un lenguaje solo apto para iniciados. Cuántas veces le habían regañado luego en casa después de uno de aquellos interrogatorios en apariencia inocuos, y siempre cariñosos, de algún vecino. La consigna familiar era no contar nada, no saber de nada, callar. Y, en esos momentos, le convenía aplicarla más que nunca. Solo había regresado para poder estudiar con tranquilidad y, en ningún caso, para dar explicaciones sobre sí mismo o sobre su madre.

El caserón familiar se encontraba al final de una calle estrecha. El muro de piedra de la finca rebosaba de glicinias. Su olor era tan penetrante... casi psicotrópico. De pequeño, jugaba a hundir la cabeza entre los racimos color violeta, dejándose embriagar hasta marearse. Quería evadirse, desaparecer. Tenía gracia, aquellas inocentes flores habían sido su primera droga. Al llegar a la cancela, junto a uno de los dos escudos ovalados que la flanqueaban, volvió a ver la cabeza de piedra incrustada. Sus rasgos eran los de un

monstruo mitad león, mitad serpiente. Sus fauces abiertas invitaban a meter la mano en su interior hueco. A él siempre le había dado miedo hacerlo. Su abuelo contaba que nadie conocía el origen de aquella escultura, pero que probablemente era celta. La gente debía de utilizarla para hacer ofrendas a los dioses y pedir deseos. Al pasar, como solía hacer el abuelo, la acarició. «Merlachoca», dijo para sí. Ese era el nombre por el que la casa era conocida en el valle.

Abrió el portalón de entrada. Otro aroma de la infancia lo envolvió: el de la madera centenaria mil veces encerada y lentamente macerada por la eterna humedad de las paredes. Contempló la escalera de piedra con sus escalones mellados. A esa hora de la tarde todavía se hallaba iluminada por el ventanuco del descansillo. Cuántas tardes había pasado sentado en su poyete, oteando el valle a través de la vidriera y dejando volar su imaginación. Oyó un ladrido. La puerta del salón se abrió y su tía apareció en el umbral. Loira, su perra, corrió para lamerlo. El sonido de la lejana televisión inundó la estancia de una extraña cotidianeidad. En nada había cambiado aquella mujer, la encontraba igual. Quizá un poco más entrada en carnes, pero en absoluto gorda. Sin embargo, su imagen era distinta, más cuidada. Las eternas perlas colgaban de sus lóbulos como dos gotas de luz, pero su cabello, teñido de un suave dorado, lucía perfectamente peinado. Un ligero toque de carmín marcaba sus ajados labios. Su alegre vestido estampado terminaba en un audaz volante nunca imaginado en su austera tía. ¿Se había arreglado así para recibirlo? ¿Qué estaría tramando? Incluso la notaba alegre, exultante. Le desagradó. Había esperado verla de negro y ojerosa, la imagen clásica del luto en los pueblos. Luis soltó el tirador de la maleta y avanzó hacia ella con aire serio entre los ladridos de júbilo de Loira:

—¿Qué tal todo? La carretera sigue igual de traicionera, no la arreglarán nunca. —Había decidido mostrarse frío,

distante.

—Qué delgado estás, y qué pelos traes. Si tu madre te viera... La verdad es que prefiero no saber cómo te las arreglas solo ahora. —Hicieron el gesto de besarse sin llegar apenas a tocarse. Ella lo observó inquisitivamente, como si quisiera comprobar algo que siempre había sospechado.

Luis vio su propia imagen reflejada en el gran espejo dorado. Sí, había perdido peso en los últimos meses y hacía más de un año que no pisaba una peluquería. Su melena revuelta no desentonaba con su chaqueta de pana y sus vaqueros gastados. Pero todo eso era producto del azar, del destino, nunca se había preocupado por su aspecto. Su piel, descolorida, seguramente se mimetizaba con el blanco apagado de sus apuntes. El brillo febril en sus ojos verdes, más bien pequeños y ligeramente rasgados, delataba largos períodos de ansiedad. Debía cuanto antes marcar los límites:

—Ya te dije por teléfono que no quiero que hablemos de mamá. No quiero discutir. Necesito estar tranquilo para preparar el siguiente examen. Empiezan en septiembre. —Notaba el tono de su voz como un látigo sacudido en el aire, lacerante.

Cogió de nuevo sus cosas para subir enseguida a su habitación. Ella siguió rígida en medio de la estancia.

—Los años que llevas con esas oposiciones... A ver si esta vez es de verdad y las sacas. —De golpe, Luis recordó lo desagradable que podía llegar a ser aquella solterona. Siempre se había sentido legitimada para asestar puñaladas a diestro y siniestro. La crueldad entendida como una forma de sinceridad. Por eso estaba sola. En ese instante, se arrepintió de haber regresado, tenía que haber recordado que su tía tenía la virtud de sacarlo de quicio en el peor momento. Si al cabo de unas semanas la relación con ella se hacía imposible, no tendría ningún reparo en largarse de nuevo a Madrid.